

**ANA IRIBAR**

VIUDA DE GREGORIO ORDOÑEZ

# «No quiero que se me olviden nunca los últimos momentos que estuve con Goyo»

JOSE GABRIEL MUJICA

*«Sigo sin aterrizar, es como si hubiera aquí otra persona y yo estuviese en otro sitio distinto. Intento recordar los últimos momentos que estuve con él. Quiero que no se me olviden nunca». Ana Iribar se esfuerza por vencer su sufrimiento para explicar lo que siente tras el asesinato de su marido.*

— A Ana le cuesta admitir que Gregorio no esté ya junto a ella.

— Estos primeros días he estado muy acompañada y hay momentos en los que te olvidas un poco, dentro de lo que puedes, pero estoy segura que cuando pasen unas fechas lo voy a llevar muy mal y eso a pesar de que me considero bastante fuerte. No pienso que han matado a Goyo, sólo pienso que ya no está. Es que es la verdad, no está conmigo y ya está. La presencia del niño me ayuda muchísimo, porque hay momentos en los que lo único que desearía sería estar gritando y llorando. Estando con el niño, juego con él, me río, le baño, le doy de comer y eso me llena y me ayuda todo.

— ¿Qué recuerdo queda?

— No sé por qué, pero estoy haciendo un esfuerzo por recordar los últimos momentos con él. Date cuenta que se va tu marido a las siete de la mañana y ya no le vuelves a ver... Desde que supe que ya no estaba conmigo y que le habían matado, tenía ganas de tocarle o de oírle hablar. Intento recordarle en todo momento. Lo último que hicimos fue darnos un beso y eso me ayuda a tener una imagen de él vivo y de cómo solíamos estar juntos, igual que si la vida cotidiana siguiese y él estuviese aún aquí. No sé si me estoy explicando bien, pero necesito sentir que su presencia está aquí, que todavía le tengo conmigo, sus cosas, toallas, ropa. Quiero tener todas sus cosas cerca de mí, y tener esa imagen viva de él y no todo lo demás que he visto después de su muerte, que quieras que no se te queda aquí grabado (señalando a la cabeza). Es algo que procuro que se vaya de mi cabeza. Eso es lo más duro, porque te juro que no se puede creer el sufrimiento que sientes después de algo así.

— Nunca habías pensado que pudiese suceder algo así.

— No, para nada. Siempre había estado tranquila en ese sentido. A él siempre le veía muy seguro. No se preocupaba por ello, al

menos aparentemente. Esa sensación es algo que te la transmitía y era un tema del que nunca hablábamos cuando estábamos juntos. Siempre me había sentido segura.

“  
El niño me ayuda muchísimo, porque hay veces que sólo desearía gritar y llorar

— ¿Cómo era Gregorio?

— Era como una moto (sonrisa). Llenaba todo. Era increíble el aguante físico que tenía. Se levantaba a las 5.45 de la mañana todos los días, llegaba agotado a la hora que llegase y le bañaba al niño, le cambiaba, le daba la cena, fregaba, una actividad increíble. Yo muchas veces le preguntaba: pero, ¿cómo puedes? Siempre le decía duerme más, duerme más, y no, no, pasaba un día tras otro con una actividad frenética. Igual fuera que en casa, no creas que llegaba a casa

Ana Iribar admite que aún no se ha enfrentado con lo peor de su tragedia. Sabe que después de unos primeros días en los que no le faltará compañía, le estará aguardando la soledad. No le asusta. Se aferra a su hijo, Javier Gregorio, de tan sólo catorce meses, para imaginar un futuro mejor. Cuenta cómo su marido le rogó lo indecible para conseguir que el pequeño llevase también su nombre. «Yo no quería, prefería que se llamase Javier a secas, pero Goyo se empeñó hasta el último momento y no tuve más remedio que ceder». Ana no puede evitar una sonrisa al recordarlo. La misma que se dibu-



Ana Iribar, acompañada por Eugenio Damboriena, en el entierro de su marido./MIKEL

y empezaba a pedir las zapatillas, la cena. Además, yo era muy borde en ese sentido. Yo también trabajaba y se lo recordaba. Le decía, yo hago la cena, pero tú friegas, y él aceptaba encantado. Yo era muy dura con él, demasiado, ahora incluso hasta me estoy arrepintiendo.

— ¿Cómo le conociste?

— -Le conocí un día en la calle, me lo presentó un amigo. Ese verano acababa de terminar la carrera y había estado de viaje en Gandía e Ibiza. Le conocí estando de potes por la calle él con sus amigos y yo con mis amigas. Me quedé *colgada* de él el primer día. No me hacía ni caso. Me lo tuve que ganar durante un año entero, porque ni se arriaba. *Pasaba olímpicamente*, como vulgarmente se suele decir. Ha sido un novio de los de flores, de los de maravillosa, estupendísima, tengo unas cartas, y gracias a Dios guardo algunas, que son alucinantes. Era muy celoso, muy celoso, una auténtica *pasada*. Luego, de casados, he sido yo más, me parece. Yo estaba estudiando en Zaragoza y todos todos los fines de semana venía a verme. Fue devocional conmigo de novio, era impresio-

nante. Cinco minutos que tenía libres, me llamaba por teléfono a casa y me decía: ya voy, ya voy, aunque sólo fuese para tomar un café debajo de casa. Siempre estaba muy pegado, muy pegado.

— *El momento de conocer la noticia fue especialmente cruel.*  
— No me lo creí, no me lo creía. Estaba tranquilamente en casa con mi madre y mi hermana. Sonó el teléfono y era mi cuñada: «Oye, que me ha llamado la madre de Eugenio (Damboriena), que Goyo ha tenido un atentado». En ese momento, sólo me salió decirle: «Imposible, no me ha llamado, no me ha avisado, no puede ser». Al poco rato me llamó por teléfono Eugenio: «No pongas la radio, no pongas la tele, no pongas nada, espérate que ahora voy». Estaba con mi madre y mi hermana y empezamos a ponernos nerviosas pensando qué podría estar sucediendo. En ese momento, no me imaginaba que le hubieran podido matar. Al poco rato llegaron Eugenio y María, y cuando les abrí la puerta, no hicieron falta ni palabras. Bastaba con verles las caras... y yo no me lo podía creer. Y todavía, te juro que sigo sin ser totalmente consciente de

lo que le ha pasado.

— ¿Cuál fue la primera reacción?

— Lo primero que pensé (sollozando) es donde estaba él. Tenía miedo por saber dónde estaba él. Necesitaba tocarle, necesitaba hablarle, necesitaba que me escuchase, algo, algo, pero ya no me dejaron verle. No le ví hasta que me llevaron al Ayuntamiento. Ahora suelo pensar en él, dónde podrá estar en este momento. Me preocupaba que pudiese estar sólo y aún hoy me sigue preocupando, ese recuerdo no se me puede borrar.

— Ana no ha cambiado sus sentimientos respecto a los asesinatos de su marido.

— No perdono, no voy a educar a mi hijo en el odio, porque tampoco lo siento, pero no le perdono ni le perdonaré nunca al que ha matado a mi marido. Siento decirlo, pero a mí me hubiera hecho un favor si estuviese muerto, y también se lo hubiera hecho a mi marido unos días antes, si hubiese estado muerto.

— *La reacción ciudadana y el calor de la gente es algo que ha dejado una huella difícil de borrar.*

— Ha sido alucinante. No sé qué me esperaba, ni qué no. No me esperaba nada, sinceramente. Pero tengo que decir que me ha ayudado muchísimo haberme sentido tan arropada, tan protegida y tan querida. Nunca tendré palabras para agradecerse a todo el mundo. Para mí ha sido algo extraordinario.

— *El futuro es una palabra que aún no tiene sentido para Ana.*

— No lo veo, de momento pasan los días, me imagino que a medida que transcurran, me dará más cuenta de lo que me falta. Estos meses estoy también de excedencia en mi trabajo y supongo que es algo que también me ayudará. Voy a relajarme todo lo que pueda, posiblemente me vaya unos días a La Rioja con mi madre y también iré después a ver a mi suegra a Valencia.

## La esperanza de un hijo

ja en su rostro cuando alguien le recuerda alguna anécdota de su marido de su época de estudiante en Pamplona.

Todos los compañeros de Gregorio Ordóñez en el Ayuntamiento y en el partido han querido estar junto a ella en estos días difíciles. En su compañía y en la de su familia y amigos se refugia en casa. Las llamadas, los telegramas y las muestras de ánimo son incesantes. Ana reconoce que es algo que le da fuerza para seguir adelante. Sin embargo, es cuando habla del recuerdo de las últimas horas junto a Goyo y de las

travesuras de su hijo cuando el brillo de la esperanza aparece en sus ojos.

La sombra de una tarde gris de enero le perseguirá siempre, pero Ana está decidida a luchar contra ese fantasma, apoyada en la vida de un hijo que para ella es «el recuerdo más hermoso que me ha quedado de mi marido y lo que me mantiene en estos momentos con ganas de seguir viviendo». Aún no se explica lo ocurrido aunque reconoce que «le veía algo más nervioso, parecía que estaba más preocupado a raíz de todo lo que había pasado ultimamente».